

DANIEL LUMERA

El código de la luz



EDICIONES OBELISCO

Índice

Agradecimientos	9
Prólogo	11
Prefacio	13
El código de la luz.....	23
Evolución	25
Capítulo 1: Alimentarse sólo de luz.....	29
Entre ciencia y conciencia. El descubrimiento de los biofotones	29
Sistemas vivos que desprenden biofotones	30
Emisión de luz en la mano.....	31
Emisión de luz en el cuerpo	31
El lenguaje de la luz.....	32
El secreto del Sol	34
La luz y el ADN	36
La luz, alimento y medicina.....	37
La historia del químico Manfred Werner	39
Hira Ratan Manek, el ingeniero mecánico que vive de luz solar	40
La historia de Teresa Newman, la santa cristiana..	41
Giri Bala	42
Prahad Jani	44
Más allá de lo visible.....	45
El arte de recibir el sol	52
La luz conoce el lenguaje del alma	56

Capítulo 2: Curarse con el Sol.....	61
El punto de vista del sol.....	61
El glifo solar, el primer símbolo del sol	65
¿Qué modelo es más correcto o más justo?	66
Ver y sentir como el Sol.....	68
El sol interior.....	70
Veinticuatro días sin dormir.....	75
La técnica del sol interior	77
Experiencias con la piel.....	80
La conciencia del sol	86
El origen del conflicto	90
Capítulo 3: El código de la luz.....	93
El origen de la investigación	93
El código de la luz	98
La historia de Amílcar.....	100
¿Qué información determina el código?.....	102
Códigos diversos determinan	
realidades diferentes.....	107
Testimonios de decodificación	108
La evolución del ser humano	110
Bibliografía.....	113
Acerca del autor.....	119

Dedicado a las personas
que tienen la valentía de atreverse.

Agradecimientos

Gracias a mi padre y a mi madre por el sustento y el amor que me han dado y que continúan dándome; gracias a Lisa por su amor, sin su presencia esta obra no habría salido a la luz; gracias a Laia Roses por haber permitido que esta enseñanza creciera; gracias a Giovanna Cuccia, un ángel de la guarda; gracias al profesor Alessandro Bertirotti y al Dr. Rafael López Guerrero por haber dado un corazón y un alma a la ciencia y por su extraordinaria luz; gracias a Nuria Palacín Remiro por su presencia y su precioso y fundamental trabajo; gracias a Fanny Mas-Jordana Sánchez por haber traducido este libro y por su entusiasmo auténtico; gracias a Mikel Ocerinjauregui, a Nuria García, a Manuela Zavan y a Serena Porciani por su ayuda y su presencia en la realización de este trabajo; gracias a las personas que he encontrado y encontraré en los seminarios; gracias a todas las personas de la Búsqueda.

Gracias...

Prólogo

En esta apasionante obra, Daniel nos expone de una forma próxima, didáctica, y al mismo tiempo sin perder un ápice de fundamentación científica, uno de los grandes pilares básicos de la lógica biofísica contemporánea en el marco de estudio de la consciencia.

La estructura de los paquetes de datos contenidos en la luz se expone ahora como un compendio de información cuyo código interactúa en los procesos del ser humano. Tal es, en parte, lo que Broers y yo denominamos relación ionogenomática, y que desde antiguo todas las civilizaciones intuyeron, e incluso describieron como consciencia solar.

En estos tiempos, resulta revelador comprobar cómo desde la interdisciplinariedad existen estudios convergentes en los que cobra sentido la comprensión sistemática de un universo inteligente que obedece a una lógica escalar, coherente con nuestra consciencia del ser. El alimento del alma, sin duda, puede llegar a constituir el alimento del cuerpo, cuando somos capaces de entender el código de la luz.

Tras la lectura de este maravilloso tesoro, he quedado sorprendido por la sencillez con la que Daniel explica conceptos complejos relativos al ADN y a la absorción de las ULF.

De hecho, el lector encontrará aquí una excelente introducción a los fundamentos de la radiofrecuencia cuántica diferencial, y resonará, sin duda alguna, con la mayoría de los aspectos esenciales de la consciencia del ser.

Conceptos como el biofotón, descrito por el doctor Albert Fritz Popp, que en la nomenclatura Broers-Guerrero denomina-

mos «Qbit» o «Qproteína», son explicados con excelencia y sencillez por Daniel, sin renunciar al rigor expositivo.

Finalmente, quiero felicitar a Daniel por su exquisito tratamiento del estudio del autotrofismo por heliosis. Considero su obra un referente complementario en el estudio de la ionogenómica y la casuística de los procesos de modificación del ión de calcio y su entronque con los fundamentos lógicos de la biofísica moderna.

RAFAEL LÓPEZ-GUERRERO

Científico, doctorado en ingeniería de telecomunicaciones y en empresariales, lidera el IRCAI, un equipo de investigadores científicos independientes y multidisciplinares procedentes del ámbito de la consultoría, la psicología, la neurociencia, la astrofísica y las telecomunicaciones que apuestan para integrar ciencia con conciencia.

Prefacio

Todos los hallazgos arqueológicos en el estado actual de la investigación sobre la evolución de la humanidad, en cualquier lugar y en cualquier época, nos dicen que el Sol y la Luna representan juntos el punto de partida para establecer contacto con lo que parece inalcanzable, inexplicable, pero presente en la vida cotidiana.

Todos los pueblos primitivos han experimentado el beneficioso poder del Sol, sin el cual sería imposible obtener los medios necesarios para la subsistencia o simplemente sobrevivir. Este astro, que se levanta por la mañana y se pone cada tarde y que nos permite vivir, pronto se convirtió en una deidad real, con la que conviene congraciarse para obtener beneficios.

Podemos imaginar el terror de los primeros hombres cuando presenciaron un eclipse total de Sol, es decir, en plena luz del día cuando el Sol está totalmente oscurecido. Todas las cosas que hoy nos pueden parecer obvias, para los primeros hombres fueron hechos sobrenaturales, por lo que se relacionaron con la divinidad. Desde los albores de la historia, la humanidad ha fundamentado su cultura, sus creencias y sus expresiones artísticas en el poder creativo del Sol. Desde la arquitectura a la literatura, la filosofía, la religión, el deporte y el folclore, la danza o la música. El Sol recibe diversas denominaciones, se considera el centro de todos los fenómenos, el símbolo de la verdad, el ojo de la justicia y la igualdad, el origen de la fuente de la sabiduría y la compasión, el sanador de las enfermedades físicas y, sobre todo, la fuente primordial de la vida, la fecundidad, el crecimiento y la abundancia. Nuestros

antepasados, por supuesto, asociaban el Sol con la naturaleza, y lo invocaban en las fiestas agrícolas y los ritos de fertilidad, mientras que los grandes reyes y conquistadores se han identificado con el astro solar para asegurarse la lealtad de sus propios súbditos.

Con el paso del tiempo, el misterio del Sol se expresa en los petroglifos y en los dibujos paganos, que probablemente inspiraron el revolucionario invento de la rueda (del mismo modo que el cuerpo humano puede rodar a lo largo de un descenso); motivos arquitectónicos como la espiral o el aura, que se convertirá más tarde en el símbolo sagrado de la luminosidad espiritual.

La cultura del Sol está, pues, desde siempre, profundamente arraigada a la vida de todos los días. Las primeras representaciones simbólicas del Sol en los grabados rupestres se hallan en Asia central, en Kazajstán, Kirguizistán y en la provincia de Sinkiang, en China. Allí, los artistas primitivos imprimieron en la rocas imágenes simbólicas zoomórficas y antropomórficas, y ya en esas épocas el culto del Sol se refleja ampliamente en todos los monumentos del arte rupestre, a partir de las figuras de la cabeza solar de las culturas agrícolas y ganaderas de la edad de bronce.

En esta fase de la protohistoria aparece también el fetichismo, la creencia de que la presentación de un objeto está dotada de poderes mágicos simpáticos que confieren a su poseedor una protección especial, o que le permiten realizar sus aspiraciones y deseos. En esos lugares de culto, el dios Sol antropomorfizado presenta muchas estilizaciones, como una cabeza compuesta de círculos concéntricos y una miríada de puntos.

Este dios también está en el lomo de un toro de largos cuernos, y éste es el motivo por el cual el toro y otros animales se han convertido en símbolos zoomorfizados del Sol. En Tamgalij, en las estepas del oeste de Alma Atá, en el punto más alto, parece estar grabado en la pizarra un símbolo del solsticio, el más antiguo encontrado hasta la fecha.

Durante el segundo milenio antes de Cristo, los pueblos indoeuropeos de las estepas de Rusia meridional se establecieron en Europa y en Asia. Uno de sus símbolos religiosos principales era

el ideograma del Sol, que significaba fuego, luz y calor. Las representaciones del disco solar pertenecen a este período de la edad de bronce a la edad de hierro, y todas ellas tienen en común una visión del Sol zoomorfa y antropomorfa, asociada a menudo con el fenómeno de la fertilidad, de la procreación y, por tanto, del árbol de la vida.

Las representaciones siberianas del ciervo de oro y el reno son fantásticas, con grandes cuernos curvos que se alzan en el cielo, o las de animales en las ruedas gigantes que representan los rayos del Sol, en los denominados carros solares. Incluso hoy en día, en la tradición popular de Kazajstán, los renos y los carneros de oro, del mismo modo que prendas de vestir de oro puro, reflejan el color de las nociones cosmogónicas indoarias.

Igualmente fascinantes son las cabezas humanas compuestas de círculos concéntricos que prefiguran el aura del arte religioso posterior.

La representación de las flechas de la esvástica en esta época pertenece a la simbología solar que después se transformaría en molino y en espiral.

Las imágenes de renos galopando en el cielo están, pues, relacionadas con nociones escatológicas de la religión zoroastriana indoaria del primer milenio antes de Cristo. El zoroastrismo es una de las grandes religiones del mundo antiguo Mediterráneo. Los tres emperadores persas preislámicos, Aqueménides, Parto y Sasánides, representan durante casi tres siglos la única potencia fuera de la dominación griega o romana, y profesaban la religión de Zoroastro. En un momento en el que todos los pueblos alejados de la cuna de la civilización occidental adoraban ídolos y eran incapaces de concebir un denominador humano, los seguidores de Zoroastro declararon la existencia de un único Dios creador, Ahura Mazda, opuesto a un demonio maligno, Ahrimah, independiente. El zoroastrismo es la única religión importante completamente dualista, y sus seguidores los primeros en difundir la doctrina del paraíso y del infierno. Los textos antiguos y las esculturas de la época hacen referencia al Sol a través de la imagen

de los veloces caballos blancos sacrificados a Mitra, el dios del Sol, denominado en latín Sol Invictus. Por otra parte, muchos iniciados en el culto mitraico fueron soldados romanos, y la palabra latina miles podría indicar uno de los siete grados de iniciación.

En el Libro de los Reyes, Mazda le regala al rey un anillo similar al Sol. Numerosos monumentos aqueménidas (desde los grandes bajorrelieves de Persépolis a los minúsculos sellos cilíndricos) representan un disco solar alado que sólo es superado por la mitad superior de un hombre¹. Actualmente, este antiguo símbolo del Sol adorna los templos zoroastrianos de Bombay y es exhibido por los fieles del mismo modo que los cristianos llevan el crucifijo alrededor del cuello.

Los armenios se denominaron Arevotik, hijos del Sol, y cantaban himnos al Sol naciente, y el cuerpo de lo divino estaba representado en sus cruces en forma de un disco en el cual se fundían la forma del Sol y la de la Rosa.

De los persas a los incas, de los africanos a los celtas, de los japoneses a los indios americanos y de los egipcios a los habitantes de Oceanía, el culto del Sol es ciertamente el más difundido. Aunque en cantidades y modos diversos, al Sol siempre se le atribuye una valentía positiva: el Sol es el bienestar, la vida, la positividad, la luz, la claridad, la precisión, la conciencia. Los egipcios y los griegos, por ejemplo, cuyo pensamiento filosófico era articulado y complejo, subrayaron tanto en los límites como la ambivalencia. Ícaro, que se acerca demasiado al Sol y cuyas alas de cera se funden, no es más que un ejemplo entre muchos otros.

En el antiguo Egipto, el Sol (Ra, Re o Atum) es reverenciado hasta los últimos períodos del reinado de los faraones como la deidad más importante, y aunque los egipcios no sabían exactamente qué era el Sol, intuían, sin embargo, que la vida sobre la Tierra dependía de su presencia.

1. Los aqueménidas son la primera dinastía Aqueménida del Imperio persa (540-341 a. C.), fundada por el rey Aquemenes.

Su nombre Ra o Re significa simplemente Sol, y su mayor santuario estaba en Heliópolis, en el bajo Egipto (no hay que confundir esta ciudad con Baalbek, en el Líbano, llamado también por los griegos Heliópolis), y representa también el ciclo de la vida de un egipcio reducido a la duración de un día. Esto es así porque el Sol nace por la mañana como un niño (Chefre), es al mediodía como un adulto (Re) y muere por la noche como un anciano (Atum).

La teología egipcia más antigua y fascinante, aquella que tiene en su centro al Sol, fue importante durante siglos. De hecho, el Sol y el mundo nacieron precisamente en Heliópolis.

Al principio era el elemento líquido incontrolado, una especie de caos, una masa increada y no organizada pero que contiene las semillas de la vida. El Sol surge de este caos, cuyo origen se desconoce, y después viene a la existencia por sí mismo. Se manifiesta sobre un montículo de tierra recubierto de arena virgen que emerge del agua y se materializa por medio de la presencia de una piedra afilada, el benben, un objeto de culto en el templo de Heliópolis.

El dios que se crea a sí mismo es Ra, el Sol propiamente dicho o Atum, el ser realizado por excelencia o incluso Khepri, que se muestra como un escarabajo cuyo nombre significa «transformación». Ra da a luz a la pareja Shu, la sequedad, y Tefnut, la humedad. De su unión nace una segunda copia: el Cielo y la Tierra, que son respectivamente una mujer y un hombre. El Cielo y la Tierra engendran cuatro hijos: Isis y Osiris, Seth y Neftis.

Esta Enéada divina, articulada en cuatro generaciones, forma el lazo entre la creación y la humanidad, porque las dos últimas generaciones introducen efectivamente el ámbito de lo humano integrando en el mito a la leyenda osiriana, un modelo de la pasión que es el destino de los mortales.

A partir del mito de Isis y Osiris, parece que los dioses estaban empezando a dominar el mundo, con Re en la cima de la gran Enéada divina. También se dice que Re, después de haber creado a los hombres, se retira de nuevo al Cielo y lo recorre a bordo de una barca durante el día con su hija Maat. Por la noche irá en la

barca que transporta al reino de los muertos, donde se defenderá de los ataques de Seth y Apofis, para finalmente volver a aparecer a la mañana siguiente. La profunda veneración del Sol era también una antigua tradición china, ya que se han encontrado símbolos del Sol en yacimientos neolíticos en Da-Wen-Kou (4000-2000 a. C.) en el este de China. Un ejemplo típico es la imagen del Sol con ocho cuernos, e incluso en los primeros caracteres de la escritura china aparece el disco solar asociado a los conceptos de día, prosperidad y abundancia. Los petroglifos pintados en las paredes de hematita roja del monte Haushan representan escenas de la pesca, la caza, la danza y la adoración del Sol.

Gran variedad de motivos solares también está presente en el neolítico del sur de Asia y en los sellos de Harappa del primer milenio antes de Cristo, donde el hombre juega un papel activo en su relación con el Sol, del que deriva toda su fuerza vital. En la civilización hindú, el círculo solar formaba parte del sistema planetario, aunque era más un objeto de interés científico que religioso. Cuando en el año 1500 a. C., los arios (adoradores del Sol) bajaron hasta el valle del Indo en Asia central, todavía mantenían la práctica de la adoración del Sol, que representaban con una flor de loto con ocho pétalos. Alrededor de 2000 a. C, el Sol es adorado en forma de un círculo llamado Sunyamarti (forma de cero), o también en forma de una esvástica con los brazos doblados hacia la derecha (de acuerdo con la rotación del Sol), mientras que la esvástica con los brazos doblados hacia la izquierda (como en el emblema nazi) representó la oscuridad de la noche. En la tradición cristiana gnóstica y en el arte bizantino será descrita como cruz de luz o cruz gamada, por su similitud con la letra gamma.

En las culturas indígenas de Indonesia, el culto del Sol ha existido desde tiempos prehistóricos. En la cueva de Dudumahan, en las islas, el Sol está representado en cuatro formas diferentes: un círculo con rayas, una cruz encerrada en el perímetro de un círculo, en círculos concéntricos, y en un círculo con un radio con un pequeño círculo concéntrico. Por regla general, los rayos pueden ser rectos u oblicuos.

La conclusión que podemos extraer de este breve repaso del culto al Sol en las diferentes civilizaciones es que cuanto más nos adentramos en ellas, más se simplifica su desconcertante complejidad, reduciéndose a un puñado de símbolos fundamentales. Entre ellos se encuentran formas rudimentarias como círculos simples o con rayas, círculos concéntricos con puntos, ruedas, espirales, halos presentes en las pinturas rupestres de todo el mundo. Estas razones probablemente han influido en el nacimiento de la escritura ideográfica egipcia y china, así como en el concepto indio de cero en las matemáticas. También es posible que el revolucionario invento de la rueda, que data de alrededor de 3500 a. C., se inspirara en el círculo solar pintado en las rocas redondeadas. Incluso la espiral es, de hecho, una representación universal del Sol: la imitación de los cuernos de los cuadrúpedos a la espiral mística de Buda, hasta llegar a los capiteles de caracol de las columnas griegas. Éstos son los supuestos científicos y antropológicos de los que parte la obra de Daniel Lumera para mostrar que, aún hoy, como entonces, hay beneficios que la luz solar trae a la mente y al cuerpo, bajo la perspectiva de una «técnica terapéutica», según el significado original de estos términos. De hecho, con el término técnica no se entiende únicamente la adopción de un método eficaz para lograr una meta, como ocurre con el término conducta, sino algo mucho más profundo, como el desarrollo de las competencias específicas que faciliten el camino hacia la meta. El concepto de terapia, a menudo vinculado casi exclusivamente a la patología, se utiliza, obviamente, en este contexto de forma mucho más amplia: abarca cada acción que lleva a la humanidad al bienestar y a la mejora de su propio estilo de vida. En el caso de *El código de la luz*, se cumple con creces este objetivo fundamental, que está ligado a una cuidadosa evaluación del concepto de calidad de vida, que ya no engloba un número reducido de individuos que buscan lo positivo en su vida cotidiana, sino que más bien se dirige hacia una mejora global de la gran y única familia humana. Cuando Daniel Lumera habla de código, se refiere a un verdadero sistema de referencia al Sol y a su poder biofotónico. Porque todo lo que

nos rodea es luz, incluso cuando estamos en la noche, y debemos considerar la luz tanto física como metafóricamente, de acuerdo con las conquistas que la humanidad ha alcanzado en cualquier lugar del mundo en el que se ha encontrado para vivir. Lo que Lumera ofrece en este libro es una verdadera técnica curativa, organizada siguiendo las indicaciones físico-dinámicas codificadas de la luz que llevan a una nueva manera de ver y de experimentar el mundo. También porque, como hemos visto brevemente, se trata de una experiencia que siempre ha acompañado la evolución del hombre y sabemos colectivamente que la experiencia repetida con el tiempo acaba creando un agregado neuronal relativo a ella, y que finalmente se convierte en parte del propio individuo. En el ámbito de la experiencia de la luz, siempre presente en nosotros, el Sol se convierte en la vía de acceso a través de la cual el universo comunica su sabiduría al ser humano, utilizando un lenguaje específico: el código de la luz.

No se trata de una técnica nueva. Yo diría, incluso, que es antigua aunque se redescubre por medio de la contribución de diferentes ciencias, de la física cuántica a la psicología, de la filosofía a la antropología, de la astrofísica a la metafísica, y así sucesivamente. Se trata de una técnica conocida por los científicos, los místicos, los santos y los filósofos de todas las épocas y que en este libro se convierte en un interesante enfoque para cambiar nuestro punto de vista, especialmente cuando el autor se refiere a situaciones difíciles, ya sean psicológicas o físicas. El hecho de tomar distancia de las situaciones difíciles en las que vivimos y nos hacen sufrir, siguiendo la propuesta de Lumera, corresponde a un proceso de racionalización colectivo, que nos permite considerar la realidad desde un punto de vista mental, racional (mente) y no únicamente emocional (corazón).

Encontrará, en este sentido, el ejemplo de un cono visto lateralmente o desde arriba. Si miro un cono de frente, veo una línea circular que delimita una zona de apoyo, una superficie que sale inclinada desde la base hacia arriba y no perpendicular al vértice y, finalmente, el vértice. Si miro el mismo cono desde arriba, veo

el contorno de una base redonda y un punto en un centro que es el vértice. Ya no existen ni base ni vértice, puesto que hay varios niveles que superar para llegar de abajo hacia arriba. Las proporciones y la perspectiva cambian completamente, porque la relación matemática (que es la famosa y misteriosa pi griega - π), punto y circunferencia expresan la perfección, y encontrarse en el punto o en el círculo es siempre la condición óptima.

No es coincidencia que el autor recuerde en el libro que esta perspectiva es la clave para entender el modelo solar que expresa la luz, el equilibrio y la vida.

Por eso, leer este libro es como rehacer el camino del héroe solar, que es un antiguo punto de referencia espiritual, un patrón de comportamiento que puede guiar hacia el descubrimiento de un probable y posible camino evolutivo para todas las energías conscientes en la Tierra y, tal vez, también para las inconscientes. Hoy ya no tenemos nada parecido a este modelo. Tendríamos quizás la posibilidad de la *imitatio Christi*, pero demasiado a menudo el camino de la transformación propuesto por la historia del Maestro es incomprendido o ignorado por completo. El único modelo que sigue vigente y efectivo para muchos es el del éxito mismo, a toda costa, de aparentar para ocultar ser, considerando inútil el logro de la más mínima conciencia interior y exterior.

¿Perdimos por completo la sabiduría milenaria de los procesos naturales? ¿Ocultamos deliberadamente las señales celestiales de la humanidad? ¿Olvidamos el camino del Sol?

ALESSANDRO BERTIROTTI

Antropólogo de la mente. Profesor de Antropología Cultural, Universidad de Firenze (Italia).

El código de la luz

Un nuevo modo de ver. Un nuevo modo de sentir.

Una experiencia que ha acompañado siempre al hombre en su evolución y que se difunde cada vez que se produce un gran cambio. El punto de vista que cambia la realidad.



Las diferentes frecuencias de la luz solar albergan información para nuestra salud, nuestro bienestar y nuestra evolución. El Sol es una puerta, un núcleo de conexión a través del cual el universo comunica esta información al ser humano, y lo hace mediante un lenguaje particular: el código de la luz. De este código dependen todas las cosas que te suceden, las personas que encuentras, las situaciones que vives, la capacidad de ser feliz, las enfermedades y la curación. La luz conoce el lenguaje del alma que regula tu evolución, así como tu salud. Científicos, místicos, santos y filósofos hablan de este código, lo interpretan y revelan sus secretos según

una nueva conciencia. Este libro te ofrece las claves para acceder al lenguaje de la luz mediante la comprensión de un punto de vista particular: el del Sol.

Evolución

«No comparto lo que dices,
pero daría la vida para que pudieras decirlo.»
VOLTAIRE

El Sol siempre ha inspirado la evolución de todos los pueblos que han existido sobre el planeta Tierra. El Dador de vida, la Fuente, Surya, Šamaš, Savitri, Helios, Ra, Inti, Kinich Ahau o Ameratsu son sólo algunos de los nombres mediante los cuales el Sol ha sido adorado a lo largo del transcurso de los milenios. Esta fuente que proporciona luz y vida nos permite tener una vaga idea tanto de los mecanismos de funcionamiento del universo como de la potencia de la luz.

El 24 de abril de 1984, el presidente de Estados Unidos, Ronald Reagan, estaba a bordo del Air Force One, cuando el avión perdió contacto con el mundo exterior y permaneció aislado durante más de una hora. Sólo los pilotos entendieron que el artífice de todo aquello no eran los rusos, ni mucho menos un atentado terrorista, sino que se trató de un capricho del Sol. El Área Activa 4474 –así denominaban los astrónomos a la superficie solar que estaba produciendo aquella enorme explosión y una gran radiación de rayos X nunca antes registrada– se extendía 280.000 kilómetros, unas 20 veces el diámetro terrestre. En el Sol tuvo lugar una explosión equivalente a millones de bombas H a una distancia de 150 millones de kilómetros de la Tierra, y se propagó por el espacio como una tormenta geomagnética que alcanzó nuestro planeta provocando un colapso en las comunicaciones por radio. El hombre más poderoso del mundo, frente a un pequeño bostezo del Sol, parecía más insignificante que una mota de polvo.

Gracias a la evolución científica y a los nuevos descubrimientos, el ser humano se ha creído capaz de poder prescindir de la luz solar y la ha sustituido por la artificial. Ordenadores, lámparas, televisores y casas se alimentan principalmente de la electricidad producida por el hombre. Con la revolución científica se creyó poder sustituir la energía solar por otras fuentes alternativas, aunque más adelante en este mismo libro podrá darse cuenta de su importancia a la hora de salvaguardar la salud de cada uno de nosotros y también la del planeta.

La luz solar es el sustento y la medicina más poderosa que tenemos a nuestra disposición, aunque la mayoría de la gente no tenga conciencia de este recurso. Podríamos utilizarla para obtener energía limpia y evitar explotar y devastar este planeta, pero parece que la conciencia humana tenga que llegar al filo del abismo para darse cuenta de esta posibilidad.

Contaminación, agotamiento de los recursos, extinción de las especies, modificación del estilo de vida o nuevas enfermedades son sólo algunos ejemplos de esta señal de alarma, orientada a crear una nueva manera de vivir más consciente.

En este universo, el Sol representa la única cosa externa a la Tierra que necesitamos para vivir. Pueden faltar galaxias enteras en el cosmos, pero no podemos vivir sin el calor y la luz del Sol.

Ninguna civilización carece de un homenaje a esta estrella a través de cultos, mitos o representaciones. En Egipto, la sociedad entera se inspiró en el modelo solar, y el faraón que instituyó la primera religión monoteísta fue Akenatón mediante el culto a Aton-Ra, el dios del sol. En Mesopotamia, era Šamaš y representaba la justicia; en Grecia era Helios; los persas adoraban a Mitra, y los indios a Surya, que surcaba el cielo empujado por un carro de siete caballos.

Su influencia está presente en todas las religiones: en el mitraísmo, en el zoroastrismo, en el budismo, en el hinduismo, entre los mayas, los aztecas y los incas de Perú, entre los indios de América y en la religión católica.

El Sol se encuentra en la base de la evolución del ser humano y contiene la información necesaria para la supervivencia de

nuestra especie. En su luz se hallan las respuestas más íntimas relacionadas con nuestra naturaleza y nuestras capacidades.

Existe un código de la luz, es decir, un lenguaje mediante el cual la luz consigue influenciar y modificar la materia, las emociones y los pensamientos y de este modo crear la realidad.

De este código dependen las cosas que te suceden, las personas con las que te encuentras, las situaciones que vives, las enfermedades y la sanación, tu prosperidad y tu capacidad de ser feliz.

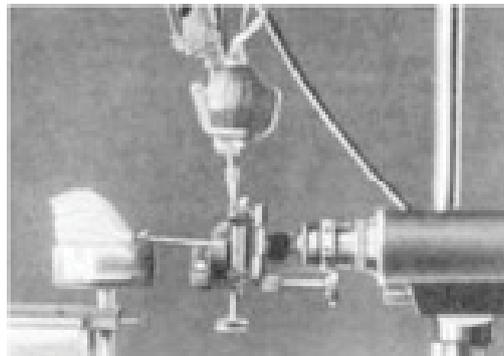
Conocer el código de la luz te ofrece la posibilidad de cambiar la propia realidad y la propia evolución. Los antiguos modelos relacionados con el sufrimiento, la enfermedad, el poder, las relaciones de pareja, el sexo y muchos otros aspectos pueden sustituirse por nuevos códigos vinculados al gozo, al placer y a la conciencia.

Todo este trabajo se ha podido desarrollar gracias a la observación de las cosas según una perspectiva revolucionaria: la perspectiva del Sol. Aquella que conoce la luz y su lenguaje, porque es su origen y la fuente, y que, por su naturaleza, sana los opuestos y une las cosas en una única visión.

1 Alimentarse sólo de luz

Entre ciencia y conciencia. El descubrimiento de los biofotones

En 1922, el biólogo Alexandre Gurwitsch realizó un descubrimiento revolucionario que, cincuenta años más tarde, daría un giro a las investigaciones sobre la luz y su aplicación en las ciencias médicas.



ALEXANDRE GURWITSCH y el experimento con las raíces de cebolla.

En su experimento, hizo crecer dos raíces de cebolla, una junto a la otra: el extremo de la segunda raíz estaba orientado hacia la primera, casi tocándola. Las observaciones verificaron cómo se dividían las células, siguiendo una actividad particularmente intensa justo en el punto donde se orientaba el extremo de la segunda raíz.

Gurwitsch observó que este fenómeno no sucedía cuando entre los bulbos se interponía el vidrio de una ventana, que absorbe los rayos ultravioleta de la luz. Cuando, por el contrario, se utilizaba un vidrio de cuarzo (que no impide el paso de los rayos ultravioleta), no se interrumpía el fenómeno de particular actividad reproductiva. El biólogo supuso la existencia de una radiación desconocida capaz de determinar aquel fenómeno. En la década de 1970, el biofísico Frantz Albert Popp consiguió explicar el fenómeno gracias a un descubrimiento extraordinario:

Las células de los seres humanos, de los animales y de las plantas desprenden luz bajo la forma de biofotón.

Esta luz es capaz de permitir un intercambio de información entre los organismos, incluso a grandes distancias.



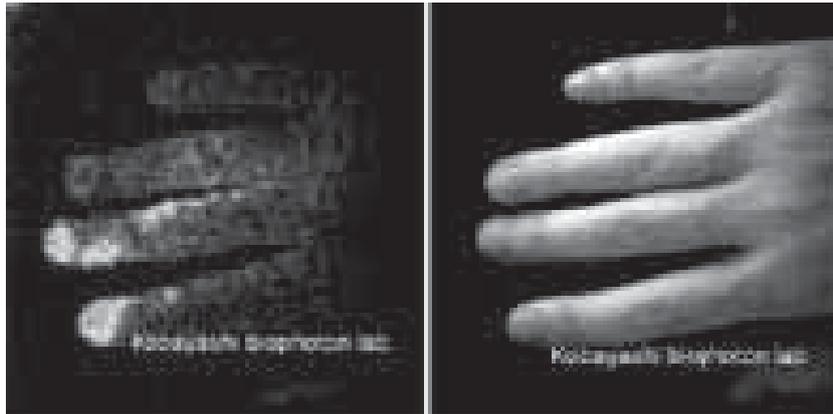
Fotografía del alga *Acetabularia* que muestra los biofotones en la oscuridad: son las partículas de luz que surgen de las células.

Sistemas vivos que desprenden biofotones

Popp fue capaz de demostrar cómo de cada célula de nuestro organismo emana una luz similar a la de una vela colocada a 25 km de distancia. De manera que la suma de todas las células da lugar a una destacada luminosidad. Nuestros cuerpos y nuestras células, del mismo modo que las de los animales y las plantas, no sólo son puntos refractores de luz, sino que también son centros de irradiación, igual que a macroescala lo es el Sol. Emiten, de esta forma, fotones.

Emisi—nde luz en la mano

Mitsuo Hiramatsu, científico del laboratorio Photonics de Japón, ha comprobado que las uñas emiten 60 fotones por minuto, los dedos 40 y las palmas sólo 20 (datos publicados en el *Journal of Photochemistry and Photobiology*).

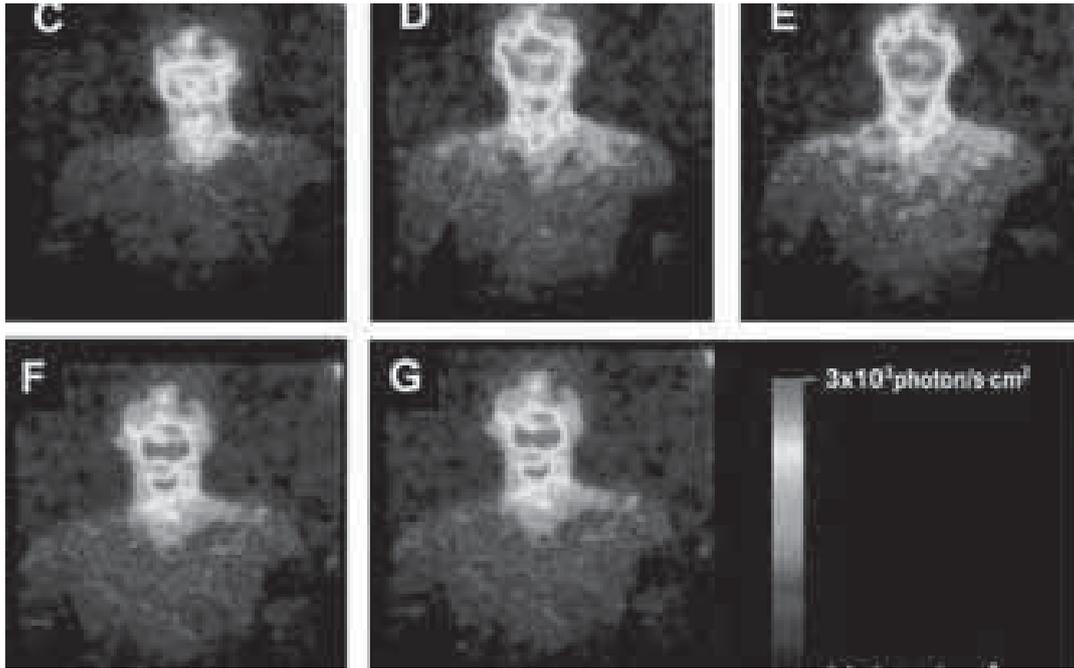


Emisi—nde luz en el cuerpo

Algunos científicos japoneses fotografiaron a cinco voluntarios con una máquina fotográfica particular, capaz de revelar la luminosidad de cada fotón individual.

Los voluntarios fueron fotografiados completamente desnudos, en una sala totalmente oscura, a intervalos de tres horas cada uno, desde las 10:00 horas hasta las 23:00 horas. El experimento se llevó a cabo durante tres días consecutivos. Las imágenes obtenidas en este extraordinario experimento muestran cómo el cuerpo humano emite radiaciones luminosas en el campo visible de la luz.

Como se observa en la figura, el rostro es lo que presenta una mayor luminosidad: esto se debe a que, al tratarse de la zona más expuesta al sol, tiene un mayor índice de melanina, un pigmento que contiene un componente fluorescente que aumenta la luminosidad de la piel. En este test, los científicos comprobaron cómo la luminosidad de los cinco sujetos llegaba a su punto culminante a las 16:00 horas y alcanzaba el mínimo a las 10:00 horas.



El objetivo del estudio era comprobar si la luminosidad de los biofotones podía utilizarse para realizar diagnósticos: descubrir si las enfermedades estaban relacionadas con alguna alteración de la luminosidad de nuestras células.

Los extraordinarios descubrimientos que siguieron a la teoría de los biofotones demostraron que **estas emisiones de luz regulan el crecimiento y la regeneración de las células, además de controlar todos los procesos bioquímicos.**

Los biofotones representan propiamente, en el ámbito de la célula y las relaciones intracelulares, un lenguaje para la transmisión en código de la información necesaria para la vida: **incluso los procesos enzimáticos, esenciales para la dinámica del adecuado funcionamiento de la célula, están controlados por estas señales electromagnéticas.**

El lenguaje de la luz

Otro extraordinario experimento de Popp muestra cómo la luz es portadora de información y mensajes, que son capaces de modificar

la actividad de la materia: si colocamos dos pipetas con sangre de cerdo, una al lado de la otra y separadas por un vidrio que permita que penetren los rayos ultravioleta y a uno de los dos vasos se le añade un agente patógeno, la sangre contenida en ese vaso reacciona de manera natural y empieza a producir anticuerpos. Poco tiempo después, la sangre del otro vaso comienza a generar los mismos anticuerpos que la del primer vaso, incluso aunque no tenga ese agente patógeno.

En cambio, si se bloquea la transmisión de luz entre los dos vasos por medio de un vidrio o una pared que altere la radiación ultravioleta, la sangre del segundo vaso no reacciona generando anticuerpos.

De modo que la luz es portadora de señales y mensajes ¡y, sin su presencia, estas informaciones no pueden transmitirse!

Pero la luz es capaz de transmitir estas órdenes sólo si la gama de su espectro no se altera; por tanto, no es tanto la intensidad, sino la «calidad» lo que determina la capacidad de la luz para ser transmisora de información.

Otros estudios científicos, en la misma línea de estos descubrimientos, relacionan las enfermedades con una reducción de la luminosidad de las células. *Popp manifestó en Discovery News que se pueden encontrar claras relaciones entre luz biofotónica y enfermedad. Él y sus colaboradores sostienen que, en los enfermos, la luminosidad está alterada.*

Así, una luminosidad reducida en nuestras células está relacionada con un desequilibrio y con la enfermedad, y, por tanto, la luminosidad adecuada indica un estado de salud y bienestar.

Más allá de lo que los biofotones pueden hacer en el interior del cuerpo, también son capaces de transportar información a células de organismos distintos, como, por ejemplo, los de dos individuos diferentes.

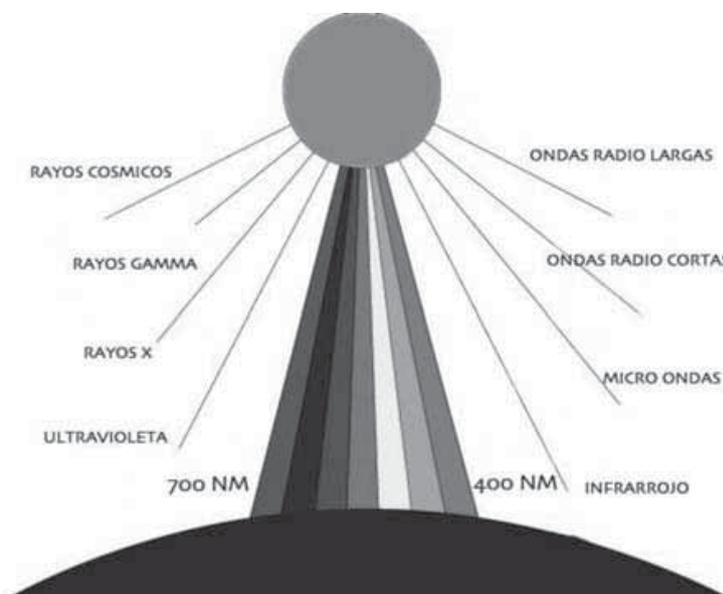
En definitiva, la luz que emana de nosotros ejerce cierta influencia en la actividad celular, emocional y mental de otros organismos, ya sean éstos vegetales, animales o humanos, e interactúa con el ambiente externo, modificando la materia mediante la información que transporta.

El secreto del Sol

Las características de la luz solar son diferentes de las de la iluminación artificial, comúnmente utilizada en las casas y las oficinas. La luz solar está constituida por un espectro de radiación luminosa, es decir, de diferentes longitudes de onda.

El espectro solar oscila desde los rayos ultravioleta (hasta los 400 nm) al espectro visible por nuestros ojos (de los 400 a los 700 nm), o a los infrarrojos (más de 700 nm).

Cuando hablamos de luz, a menudo nos referimos a la visible al ojo humano a partir de un espectro electromagnético mucho más amplio, constituido por los rayos infrarrojos, las microondas, las ondas cortas y amplias de radio, los rayos ultravioleta, los rayos X, los rayos gamma y los rayos cósmicos. En este espectro electromagnético completo reside el secreto de la luz solar y de la vida: en él se hallan las propiedades nutritivas y terapéuticas fundamentales para nuestra supervivencia, así como las informaciones con las que nuestra conciencia realiza el siguiente paso evolutivo.



Las frecuencias de la luz contienen paquetes de información que nos sirven para acceder a un nuevo nivel de conciencia, de salud, de autosanación, de equilibrio mental y emocional y que nos permiten alcanzar

una nueva visión de la existencia mucho más satisfactoria y armónica. Esta amplia variabilidad en cuanto al espectro de la luz solar determina sus características curativas y energéticas.

La luz artificial, en cambio, no contiene rayos ultravioleta y tiene mucha frecuencia distorsionada, por lo que exponerse a esta luz durante períodos de tiempo prolongados, sustituyendo la del sol, puede provocar desequilibrios en numerosos planos.

Estas alteraciones parecen estar producidas por un estilo de vida carente de luz, y muchas personas intentan solucionar esta situación mediante fármacos y remedios químicos, cuando se podrían desarrollar acciones preventivas o curativas mediante una correcta exposición a la luz solar. En definitiva, la atención no se debería centrar en los efectos terapéuticos de la luz solar, sino en los desequilibrios creados por su carencia. Lo que ocurre comúnmente es que el ser humano lleva un estilo de vida no saludable y pretende que el fármaco resuelva el problema que le señala el cuerpo, para así poder seguir, sin ningún impedimento, con el mismo estilo de vida alterado.

La química tiene un poder inmenso, pero no debe utilizarse de manera inadecuada, como, por ejemplo, para no sentir la necesidad de nuestro cuerpo y continuar viviendo en condiciones alteradas y desnaturalizadas. El género humano tiene una tendencia a utilizar la medicina y los remedios farmacológicos para no sentir la señal de alarma de nuestro propio cuerpo y los malestares de nuestras emociones.

Si fueras de viaje con tu automóvil y en cierto momento se encendiese el indicador rojo de los frenos, ¿qué harías? ¿Quitarías la luz roja para no ver la señal, o cambiarías los frenos para no estrellarte?

Las enfermedades del cuerpo humano son señales que nos invitan a observarnos, a conocernos y a cambiar.

Ignorarlas o calmarlas mediante fármacos no resuelve el problema porque, de un modo u otro, se manifestará de otra manera.

Es necesario empezar a escuchar y a comprender estos mensajes. Esto no significa dejar de tomar medicinas químicas, sino no abandonarse a un uso desmesurado de éstas y mejorar el propio estilo de vida.

La luz y el ADN

Nuestro ADN es el elemento más importante para la transmisión del mensaje de la luz. El ADN humano contiene toda la información de lo que somos y funciona como una estación retransmisora de biofotones: recibe la luz, asimila la información que contiene y la envía a las células de nuestro cuerpo, dirigiendo todos los procesos vitales.

El ADN humano es una verdadera «antena electromagnética» que recibe e interpreta los mensajes de la luz, con independencia de que provengan de las células del interior del organismo como del exterior.

*Los biofotones, oportunamente producidos por nuestro ADN, garantizan la polarización de las membranas celulares: **un aporte escaso de biofotones reduciría la polarización celular y conduciría a la enfermedad.***

Según esto, las enfermedades disminuyen la fuerza y las características de la emisión luminosa y este descubrimiento podría conducir a metodologías menos invasivas en el campo del diagnóstico médico.

De nuestra luminosidad interior depende nuestra salud. Los estudios sobre los biofotones tienen en cuenta incluso los alimentos que ingerimos y la luz que contienen, ya que ésta también se halla en los alimentos, sobre todo en los vegetales frescos. Cuanto más pasan los alimentos por procesos de elaboración, más parece que pierden su reserva de luz, de manera que incluso disminuye su poder nutritivo sutil. En cierto sentido tendemos a ingerir «alimentos muertos», es decir, sin luz.

La energía que obtenemos de la comida sería simplemente la de la luz solar almacenada en las plantas.

Estas consideraciones resolverían un debate abierto desde hace muchos años: ¿el ser humano es omnívoro, vegetariano o frugívoro?

Ninguna de estas cosas. El hombre es un ser que se nutre y se alimenta de luz.

¿Es posible dejar de alimentarse por completo de alimentos sólidos y sustituirlos directamente por la luz?